

Recordando a Florentino

Susana Esther Vigo de Benito

Mi nombre es Susana Esther Vigo de Benito y me tomaré el atrevimiento, recordando las narraciones de mi madre y con la perspectiva que dan los años transcurridos, de desenvolver y difundir la siguiente biografía.

Contaré en estas pocas páginas parte de la historia de inmigrantes. Narrada desde la vida de mi abuelo materno: *Florentino Benito de Sagredo*, quién será el protagonista principal de este relato. Esta historia se diferencia de la mayoría, pues no hablaré de alguien que consiguió tener éxito, fortuna, ni siquiera un buen pasar; o sea, que “no hizo la América”, como solía decirse en esa época con la gente que venía a esta continente en busca de mejor calidad de vida, pasar y formar un futuro acá o de vuelta en su país natal. Su vida, por el contrario, desde que salió de su tierra estuvo plagada de contrariedades, fracasos y desgracias.

Nació a finales del siglo XIX, en Pradoluengo, provincia de Burgos. Allí vivía junto a su familia con quienes se dedicaban a la hilandería y a la cría de ovejas. En cuanto a su contextura física era bajo, tenía tez blanca, ojos verdosos y muchas canas.

De joven se enamoró de Francisca Miguel González. Ella tenía su misma edad, era alta, de tez trigueña, ojos oscuros y cabellos negros. Era viuda de un señor que murió en un accidente de carro, mientras realizaba tareas rurales. Durante ese breve matrimonio tuvo hijos mellizos que fallecieron al nacer. Florentino le propuso matrimonio sin el consentimiento de su propia familia, que ya le tenían destinada una moza del lugar y, además, estos no aceptaban la idea que se case con una viuda, cosa que no pudieron impedir y



Florentino de Benito Sagredo en sus últimos años.



fue motivo de disgusto y distanciamiento de los suyos.

Quizá haya sido esa la causa, sumado a los sueños de la época de emigrar a América, que hicieron que comenzara a planificar su viaje hacia Argentina, donde evidentemente tenía algún contacto. De esta manera se le presentó la oportunidad de venir a trabajar a una hilandería, que era el oficio al que él se dedicaba, como se mencionó anteriormente, para lo que tenían que esperar a que

les saliera una especie de contrato. Además, Florentino tenía que aguardar para que le otorguen la baja del ejército, pues estaba haciendo el servicio militar, que en esa época era muy extenso, según consta en algún documento que encontramos posteriormente sus nietos, entre las cosas que quedaron de él.

Mientras tanto, Francisca quedó embarazada y, cuando estaba en su séptimo mes, sufrió la picadura de una víbora venenosa, y gracias a una amiga, (de la cuál nunca nos dijeron el nombre, ni ningún dato) que la atendió de inmediato con los métodos que sabían emplear allí, durante esas épocas, le salvaron la vida. Como consecuencia de la picadura se produjo el parto inminente con el nacimiento de una niña muy pequeñita. Al ser tan brusco el parto, con tan pocos recursos y preparativos higiénicos y la recién nacida muy pequeñita, creyeron que no sobreviviría por lo que decidieron envolverla entre algodones. El factor que ayudó para que se salvara y sobreviviera fue que era el mes de agosto y, la temperatura cálida, sumada a la buena salud de la niña, lograron sacarla adelante. Días después la bautizaron con el nombre de Emilia, pues así se llamaba la empresa a la que pensaba venir a trabajar Florentino en Argentina.

Luego de pasado un tiempo reciben la confirmación del contrato y comienzan a vender todas las pertenencias que tenían en España, para comenzar su nueva vida del otro lado del mundo. Cuando lograron organizarse para partir, Francisca estaba nuevamente embarazada, y así embarcaron los tres rumbo a Sudamérica, por el año 1907, trayendo con ellos un baúl donde, además de ropa y objetos personales, traían algunas fotografías de la familia y también estampas de imágenes religiosas que aun conservo.

Luego de la difícil y larga travesía, llegaron a su lugar de destino. Éste era en cercanías de la Ciudad de San Nicolás, precisamente a un pueblo que se

llama Esther, de ahí que deciden que al hijo por llegar, si era varón, le pondrían el nombre de Nicolás y, si era niña, se llamaría Esther, y así se llamó su segunda hija, quien luego fue mi madre.

Pero su estadía por el norte bonaerense duró poco. Pues aunque desconozco los detalles de la cuestión, parece ser que el contrato de trabajo que traían no era válido o no cubría, en lo más mínimo, sus expectativas, por lo que se vinieron a la Ciudad de La Plata, lugar en el que ya estaban instalados otros paisanos y algún que otro pariente de Francisca. Aquí Florentino, con el dinero que traía de España, compró un terreno con una vivienda precaria,



en lo que ese momento era un suburbio de la Ciudad de La Plata, también compró una vaca, algunas gallinas e hizo una huerta.

Ni bien llegaron aquí nació María Esther y, entonces, Francisca que sabía coser muy bien, se puso a trabajar de costurera, así podían vivir pobres pero dignamente. Pasado un tiempo, Florentino consiguió un trabajo en la Facultad de Agronomía, de la que vivían a unas pocas cuerdas, y creo que consistía en mantener el parque del establecimiento.

Dos años más tarde nació la tercera hija, a la que bautizaron con el nombre de Águeda, en recuerdo de una abuela, acontecimiento que documentaron con fotografías, pues lo celebraron con gran importancia, reuniéndose con los pocos familiares que tenían aquí. Algunos de parentesco lejano pero con los que estaban muy unidos, sobre todo en esas ocasiones que marcan la historia de las familias y donde la separación de los seres queridos es aún más dolorosa. Cuando esta niña apenas empezaba a caminar, según se lo contaron a mi madre, recibieron la visita de unos paisanos que vivían en Buenos Aires, Capital Federal, y para agasajarlos hicieron una gran comilona. Contaban que luego de almorzar la pequeña, en un descuido de los mayores que estaban ocupados atendiendo a los invitados, entró al gallinero y se volcó encima un recipiente con agua, permaneciendo mojada un buen rato, cuando se fueron

las visitas notaron que la niña estaba mal y no caminaba. Así explicaban ellos la causa por la que la niña quedó con parálisis en las piernas, discapacidad que llevó con ella toda su vida, aunque luego de varias operaciones y con calzado especial caminaba, pero con mucha discapacidad.

A todo esto la familia se seguía agrandando y sobre la enfermedad de Águeda, nació Sarita. Florentino, que desde el primer parto, esperaba un varón, se sentía defraudado con los nacimientos de sus hijas mujeres y cuando se disgustaba tanto con cada niña, le duraban más los enojos y grandes rabietas.

Seguramente buscando el hijo varón o porque entonces no existían los anticonceptivos, Francisca al año de nacer Sarita quedó nuevamente embarazada. Cuando aún faltaba un tiempo para la fecha del parto que se sospechaba venía de mellizos, siendo lunes de carnaval, “recordaba mi madre”, Francisca comenzó a sentirse mal y el día martes, mientras las niñas mayores jugaban con agua en la calle, como se acostumbraba en esa época por estos entornos, notaron que a su casa entraban y salían las vecinas. Luego Florentino se fue en busca de un médico con el que regresó más tarde. Eso es lo poco que recordaban sus hijas a las que, ya anocheciendo, reunieron en la casa de unos vecinos para comunicarles que su mamá se había ido al cielo junto con las tres hermanitas nuevas. Pese a todo el esfuerzo que hicieron los médicos y vecinos, no pudieron salvar la vida de las trillizas que nacieron muertas, ni de Francisca que ya no pudo ver crecer a sus mujercitas.



Florentino de Benito Sáez y Francisca de Miguel González con sus hijas: Rosa, María, Concepción y sus primas Mercedes y María (1910)

En ese momento y sin pérdida de tiempo, Florentino se ve obligado a reorganizar su vida familiar y es así que decide que a Sarita, que contaba con poco más de un año, se la lleven los padrinos, que eran una prima de Francisca, de nombre Manuela Moncalvillo, y su esposo Mateo Rubio ya que no tenían hijos propios. Las otras tres niñas quedaron con el papá que de allí pasó a ser también mamá, contando con la gran ayuda de Emilia que, siendo la mayor, con 9 años aún no cumplidos, cuidaba y atendía a sus hermanas, quienes a pesar de la poca diferencia de edad, a medida que pasaba el tiempo, la consideraban su protectora, su referente de madre y la amaron de esa forma especial. Ella, a su vez, fue la que tomó autoridad y también la más sufrida, mientras que María Esther era muy traviesa y revoltosa, y Águeda, por su problema de salud, caprichosa y manejadora, además de ser muy parecida a su madre en cuanto al aspecto físico. Sarita fue muy mimada y amada, ya que los padrinos que la criaron le dieron todo lo que pudieron, que era mucho más que lo que tenían sus hermanas. Es importante destacar que en la casa de su padre era recibida con frecuencia (pues nunca perdieron contacto). Ella era muy blanca, con facciones de la madre, piel hermosa, mejillas rosadas y muy bonita, como la princesita a la que habían puesto el apodo de “Pichón” y así la llamaron sus hermanas toda la vida, además era muy graciosa.

A pesar de estas diferencias siempre fueron muy unidas las cuatro, que entre ellas solían discutir y tener peleas propias de las mujeres, pero con el resto de las personas se defendían incondicionalmente.

Florentino se las ingeniaba para repartir su tiempo entre el trabajo en Agronomía, su huerta, sus animalitos y su gran tarea de padre-madre. Se ocupó con esmero en mandarlas a la escuela. Les transmitió devoción religiosa, reglas de disciplina y buenas costumbres. Era muy protestón y cascarrabias. Ellas recordaban que cuando se enojaba se quitaba la boina, la tiraba al piso y la pateaba repetidas veces, al mismo tiempo que decía todo su repertorio de maldiciones. De esta forma descargaba su ira y pronto se le pasaban las rabietas.

Pasaba mucho tiempo con sus hijas, a las que entretenía contándoles cuentos e historias de España, siendo muy buen narrador, también les cantaba canciones que pasaron a sus descendientes, ya que aún yo se las canto a mis nietos. Como la que se describe a continuación

“Tengo, tengo, tengo
 Tú no tienes nada
 Tengo tres ovejas en una cabaña
 Una me da leche
 Otra me lana
 Otra me mantiene toda la semana”

Cuando se acercaba la Navidad, armaban el pesebre con el nacimiento de Jesús, para lo cual Florentino hizo un establo con trozos de madera y las figuras las recortaban en papel y les pegaba por detrás un cartón para que se mantuviera paradas y un espejo roto hacían las veces de lago. Cuando pasaban las fiestas, quedaban todo en una caja para el año siguiente, y siempre les agregaban algo y lo mejoraban. Luego con mi madre hacíamos todo igual, sólo que las imágenes las fuimos comprando de yeso.

También celebraban la fiesta de San Juan, para la que juntaban leña durante un tiempo y esa noche hacían una gran hoguera en su calle y allí se reunían todos los vecinos, bailaban y cantaban alrededor del fuego.

Su casa era el punto de reunión de los niños del barrio y luego de los adolescentes, pues Florentino era un padre que prefería controlar de cerca de sus ovejitas.

Así fue pasando el tiempo y Emilia, que era muy flaca y muy parecida a su madre, aprendió a coser; Esther, que era muy parecida a su padre y con canas desde muy joven, aprendió a bordar y, poco después, creo que con una máquina de coser que había sido de Francisca, su hija mayor se fue armando un taller de costura. Con la ayuda de su hermana trabajaban y ayudaban con los gastos de casa, que nunca dejó de ser pobre, pero de esa pobreza digna que tenían los inmigrantes españoles.

Suele pasar que cuando hay que trabajar mucho y estar permanentemente aguzando ingenio para seguir adelante, el tiempo se va rápido y casi sin darnos cuenta. De esa forma las niñas se fueron convirtiendo en mujeres y Florentino envejeciendo prematuramente, en su aspecto físico ya que tuvo el cabello canoso desde muy joven y también su salud se resentía. Fue así que comenzó a sentirse mal con frecuencia, teniendo sobre todo problemas gástricos que trataba de resolver con remedios caseros, comía poco y, por lo tanto, perdía peso y fuerza hasta que comenzó a tener fuertes descomposturas, que llegó el momento de tener que internarlo en el hospital, donde los médicos dictaminaron que era necesaria una intervención quirúrgica de estómago (según decía mi madre que no lo tenía muy en claro).

Para eso, más lo que vino después, tuvieron que pedir dinero prestado ya que los costos de la asistencia médica excedía el presupuesto familiar y, para hacer más oscuro el panorama, el diagnóstico fue cáncer, con mucho dolor, sufrimiento para todos y lo peor de todo, un desenlace fatal.

Con poco más de 40 años quedaba Florentino sepultado en esta tierra, donde no pudo hacer realidad sus sueños, y quedaban solas sus tres hijas, con 20, 17 y 15 años, pues Sarita que tenía 13, siempre estuvo con los padrinos.

Quedaron sumidas en un gran desconsuelo y para mayor desgracia, vino una tormenta con fuertes vientos que produjo la voladura del techo de la vivienda que estaba con falta de mantenimiento, debido a la enfermedad de



Enviada a sus hijas Benito de Miguel de su abuela Angela Gonzalez (Burgos 1916)



Emilia, María Esther, Águeda y Sara de Benito de Miguel (1923)

Florentino, que últimamente no podía trabajar, ni dentro ni fuera de su casa, más la falta de dinero por el mismo motivo. En tal situación, fueron recogidas por una familia amiga de origen italiano, que las albergó en su casa.

La propiedad que les quedó se encontraba muy deteriorada y sin posibilidades inmediatas de arreglarla, además tenía la deuda contraída por la enfermedad, más el sepelio de su padre, que saldaron entregando lo que quedaba de la casa y el terreno que la circundaba que no era poco ya que actualmente en ese predio, que posteriormente se loteó, hay construidas cinco viviendas.

Dado como estaban las cosas, les urgía tomar decisiones: fue así que Emilia, que estaba de novia con un joven de origen gallego, de nombre José Vigo, contrajo matrimonio con él, alquilaron una casa en la misma zona, y se fueron a vivir con ellos María Esther y Águeda, pues con cada golpe que la vida les daba, ellas se aferraban más al vínculo fraterno que siempre las unió. Comenzando así una nueva etapa de la misma familia, que iría agrandándose con el nacimiento de los hijos de Emilia y José.

Así estuvieron hasta que pasados unos años llegó de España un primo de José, que se enamoró de María Esther y, un tiempo después, contrajeron enlace, él se llamaba Eustaquio Vigo y era nacido en La Coruña, ellos formaron



Emilia, María Esther, Águeda y Sarita. Fotografía tomada poco antes de fallecer su padre

su propio hogar en otra propiedad y, de esa familia, nació yo, cuando llevaban varios años de casados.

Águeda no se casó y se quedó siempre junto a Emilia y su familia. Sarita se casó joven con un señor de nombre Benigno Varela. Entre ella y Emilia tuvieron siete hijos varones, como si Florentino desde el más allá hubiera dispuesto la mayoría de nietos de sexo masculino, ya que sólo somos dos nietas mujeres.

Como puede verse, Florentino, luego de vivir casi 20 años en este país, murió mucho más pobre que cuando llegó.

Según decía él, en España había vivido con holgura económica, y creemos que era así, ya que él leía y escribía muy bien,

lo que revelaba que había recibido una instrucción que no era tan común en esa época. Pero sus hijas nunca supieron mucho de la familia paterna, y como solían pasar con algunos de los que venían a América, que por falta de conocimiento legal o porque no pudieron volver, etc. Nunca recibieron ningún tipo de herencia material.

Lo que sí les dejó fue un buen recuerdo de sus hijas que, a su vez, se los transmitieron a sus nietos, de cariño, honestidad y total dedicación para sus pequeñas.

También fue un buen vecino, de una barriada donde todos se relacionaban y se mezclaban: vascos, gallegos, italianos, etc., prueba de ello es que en un libro que se editó hace varios años, en el que se encuentra la historia de los comienzos del “Mondongo”. Como se llama ese barrio de la ciudad, se lo menciona como al buen español Florentino, que era muy solidario y a quien veían siempre con su vaca, la huerta y vigilando a sus lindas hijas.

Yo tengo formada mi opinión como nieta y es que creo que, a pesar de todos los contratiempos y desgracias sufridas, lo suyo no fue un total fracaso, pues logró lo que no logran muchos “exitosos” y es que, pasados 80 años

de su muerte, aún es recordado con afecto por los nietos que no llegamos a conocerlo.

Por su parte Francisca, con su vida de tanto trabajo y productividad, se quedó sin tiempo para criar a sus hijas, a quienes no pudo ayudar a crecer, eran tan pequeñas cuando murió que los recuerdos que tenían de su madre eran muy difusos. La imagen que tenían de ella la habían formado en base a las fotografías que quedaron, más el esfuerzo que siempre hizo su padre para de alguna forma mantener viva su presencia.

Para rematar esta historia, agregaré que sus cuatro hijas formaron muy buenas familias, incluso Águeda que quedó sola estuvo rodeada de sus sobrinos.

La primera en fallecer fue Emilia cuando contaba con 60 años, luego Sarita cuando tenía 74, la siguió María Esther a los 79 años y, la última, fue Águeda cuando estaba próxima a cumplir los 80. Ninguna pudo viajar a conocer la que consideraban su tierra, sueño que pudieron concretar algunos de sus hijos, pero todos sentimos que una parte nuestra viene de allá, y aunque en la distancia, estamos ligados a la magnífica y vieja Castilla.





Partida de nacimiento de la autora, nieta del protagonista del relato.

